

Marzo 21/937 D.M.

A José Asunción continúa bailando de regreso a su casa... Se acabaron las comparsas... se acabaron los carnavales. Los carnavales del pueblo; porque quedan algunos bailes en las sociedades, tanto las aristocráticas como en las modestas... que resultan aristocráticas para la gente del barrio. Ah, pero los aplausos, la admiración de las multitudes, el desplace de centenares de millares de personas desde todos los rincones de la ciudad y pueblos inmediatos, fué para las carrozas y para las comparsas. José Asunción va solo: han ido quedando por el camino sus compañeros de comparsa, las mujeres, los muchachos y las muchachitas que compartieron los triunfos de la última jornada. Su barrio ha quedado a gran altura. Las gentes bien vestidas desde los balcones, desde los portales, desde las tribunas, desde las glorietas, han presenciado con sonrisa en los labios, admiración en los ojos y atención en los oídos el canevá de los pasos, la agilidad de los movimientos, la gracia de los bailes y se van para sus casas, como José Asunción, tarareando la música.

Va orgulloso con su farola. ¡Cómo la hizo girar, volverse adelantar y retroceder sin perder el compás! Su fuerza atlética, su resistencia de obrero capaz de diez y seis horas de labor, fueron durante todas las noches de carnaval demostradas con orgullo, porque, además, la farola es su obra de arte: el mismo José Asunción la ideó, y Yeyo, «Carro Loco», «Guatibero» y Nicolás le ayudaron a confeccionarla. La guardará para el año que viene... pero el año que viene hará otra mejor, más grande, más bonita, con más luces y más colores.

Falso que estas manifestaciones sean pornográficas: Sidney Clark, el escritor norteamericano lo hizo constar así. La rumba, como las comparsas, han llegado a ser estilizaciones coreográfico-plásticas, en que los practicantes ponen con estímulo de competencia, un alto interés artístico. La Rumba, baile de parejas, en que ambos bailarines están separados, es mucho más «blanca» espiritualmente que otros bailes de salón que todo el mundo conoce y medio mundo practica. Las «comparsas» eran cosa abolida... Pero así como el «son

rumbeado» ya no es tabú en las esferas aristocráticas, la comparsa, de repente, ascendió a los clubs más exclusivos. La nota sensacional en lo que va de año fué la comparsa afrocubana integrada por elementos de la mejor sociedad que dieron con ella una muestra de simpático cubanismo y de buen humor delicioso incorporándola al solemne y criollísimo paisaje del Country Club.

Muchos creían, sinceramente, que de las viejas comparsas afrocubanas tan sólo quedaba el eco musical de

la popularísima composición de **Le-cuona y las imágenes casi plásticas de los versos de Ballagas; algún grado de Landaluce y planchas cuidadosamente conservadas en el archivo de cualquier fotógrafo curioso.**

Cierto venerable y caballeroso anciano fué invitado a ofrecer una charla acerca de las comparsas a la Comisión Asesora del Departamento Municipal de Turismo. Con palabra fácil y lujo de detalles, nos revivió el pasado, describiéndonos cuanto a ellas se refiere hasta principios del siglo actual. Dicho señor estaba sin-

ceramente convencido de que hacía falta la orientación y la dirección de algunos de los viejos organizadores de comparsas para hacer hoy día un «revival», una reconstrucción de estos pintorescos y alegres aspectos de los carnavales de antaño.

Pero no contaba con que las manifestaciones espontáneas de los pueblos se mantienen por tradición en sucesivas generaciones, y mucho más cuando se trata como ésta, de cosas recientes que poetas, compositores musicales y autores teatrales auxiliados de diseñadores de trajes, escenógrafos y directores de evoluciones, han puesto con relativa frecuencia a la vista del público.

Aparte de que hace muy poco tiempo, en 1935, el entonces alcalde provisional doctor Guillermo Belt, en las fiestas inaugurales de la reconstrucción de la Plaza de Armas, o sea el Parque frente al Ayuntamiento, ofreció una espléndida muestra de lo fácil que era retrotraernos a ese aspecto de nuestro pasado,

2

319

sin grandes esfuerzos ni gastos, con un resultado magnífico y carente de aquellas repercusiones dramáticas que con frecuencia cerraban estas manifestaciones populares, por antagonismos de barrios y rivalidades de agrupaciones políticas o religiosas. La muchedumbre que presenció esas fiestas quedó deslumbrada. Aun cuando ya nosotros habíamos insistido en la reimplantación de las comparsas como atractivo turístico desde estas

ilustres columnas del DIARIO y desde la tribuna del Club Rotario, los acontecimientos políticos que mantenían al país en perenne intranquilidad, no aconsejaban aventurarse a autorizarlas.

Autorizarlas. Era todo lo que hacía falta.

Las comparsas, como la rumba, por los ritmos electrizantes de su música, la originalidad de sus movimientos y lo pintoresco de sus trajes, podían merecer los honores universales de ser elevadas a jerarquía teatral, como lo fué el hul-hula hawaiano, las pandereterías españolas y los bailes populares rusos.

El Alcalde Beruff Mendieta, aconsejado por la Comisión Asesora del Departamento Municipal de Turismo, no sólo las autorizó, sino que subvencionó a dos de ellas exuberantemente. El éxito más imponente, multitudinario y absoluto, después del de las carrozas debido a la tenacidad de don Julio Blanco Herrera, coronó esta iniciativa.

La Habana entera se desborda apilándose a lo largo de las calles, avenidas y paseos del itinerario que habían de seguir. Algunas, desde muy lejos, tras las revoluciones de sus decorativas farolas, sus pasos a lado y lado que les permiten avanzar despacientemente, y sus cantos y músicas compuestos exprofeso y ajustados al tema que presidía cada conjunto, arrastraban tras sí un progresivo conjunto humano que constituye «la conga». Blancos y ne-

gros, chinos y mulatos, cubanos y españoles, hombres y mujeres, se incorporaban a las comparsas. Con las manos cogidas se improvisaron cordones de hombres que las encerraban para que la multitud no se entremezclase hasta el punto de impedir a los comparseros marchar bailando y cantando.

Las comparsas dieron un alto ejemplo de orden, de disciplina, de organización, de arte folklórico y de capacidad creadora popular y ornamental. Si algo hubo de desorden, de malacrianza criolla, ese algo estuvo a cargo del público, que quería disfrutar oportunamente del esfuerzo—preparativos, ensayos, inventiva y gastos—de los organizadores y sus colaboradores...

Las comparsas triunfaron. Las aisladas protestas de los macaquistas imitadores de todo lo extranjero que se avergüenzan hasta de las más bellas cosas propias, fueron ahogadas por los unánimes aplausos. Sábado tras sábado, desde temprano, acudía la multitud a esperar a pie firme, durante horas, el paso de las comparsas.

Puede asegurarse que las comparsas incorporadas a nuestros carnavales han de atraer centenares de miles de forasteros del resto del país y del extranjero. Espectáculo de masas lleno de color, de sabor, de espontaneidad y de ritmos que se

pegan, su fama ha dar vuelta al mundo, como la rumba. Ya Mariano Miguel puede exhibir su hermosa aguafuerte que muestra una comparsa frente a la Catedral sin volver a recibir absurdas censuras. Puede volver a pintar cuadros con ese tema, que ahora obtendrá parabienes. El caricaturista Portell Vilá venderá millares de sus graciosos dibujos iluminados. Los poetas estarán satisfechos de sus cantos precursores de este renacimiento.

Y ya ahora podrá pensarse, palpando las consecuencias, que los concursos de comparsas, uniéndoles los de bailes populares, pregones y otros aspectos callejeros criollos, constituyen un espectáculo tan atractivo, tan digno de ser presentado a propios y extraños como manifestación artístico-histórica, que en vez

de constituir al igual que esta vez gastos innecesarios y peligrosas oportunidades de que se altere el orden público, deben y pueden convertirse en una exhibición deslumbradora en ambiente colonial y tropical, en ciertas zonas exclusivamente para quienes paguen su localidad, y con resultados económicos esplén-

didos que lógicamente han de dedicarse al fomento del Turismo. Dos mil sillas colocadas sobre plataformas, a 20 centavos, son cuatro mil pesos por cada noche de comparsas. Con ese resultado se cubren todos los gastos de organización, los valiosos premios en metálico, la propaganda, etc., y alcanza para compensar aquellas manifestaciones más refinadas a las que el público acude siempre que den asiento y entrada gratis. Ofrecer premios valiosos y autorizarlas, es todo lo que se necesita para que tengamos comparsas cada año. Un hombre como Peláez al frente del Departamento de Gobernación del Municipio, y una empresa recaudadora de solvencia moral. Cheito Borrás tenía razón. Lo probó anticipándose a los carnavales desde la noche de año nuevo, presentando una pequeña comparsa como show de cierto cabaret habanero, que noche tras noche se ha visto lleno de turistas encantados del exotismo del espectáculo.

Hombres y mujeres jóvenes, y hasta niños habilísimos en el baile afro-cubano, han integrado las comparsas. Probablemente cada barrio contaba con viejos orientadores que los enseñaron desinteresadamente. Los integrantes de cada grupo se costearon sus propios trajes, buscaron sus músicos, crearon sus farolas, hicieron sus trajes, inventaron los gestos, las actitudes, la anécdota que había de ilustrar su desfile. Ha sido una positiva y espontánea manifestación popular alborozada y alegre... Lástima grande que hayan perdido

un poco su carácter. Estas comparsas han mostrado cierta influencia del orden y distribución de las paradas militares, de los grandes coros de las revistas, tanto teatrales como cinematográficas...

Cuando muy niños en Cárdenas, ya jovencitos en la Habana, hemos visto comparsas. Las recordamos claramente. Eran variadísimas. Hemos echado de menos este año la del «Alacrán» la del «Djablito», la de los «montañeses» vestidos de blanco, con alpargatas, boina y faja de seda roja, desarrollando la danza eúscara llevando de la mano arcos de verdes hojas... Pero todo se andará. Lo inmediato es tomar el acuerdo general, absoluto y unánime, de presentar comparsas en todos los futuros carnavales. Gracias a ellas los nuestros serán más famosos que los de Niza y los de Nueva Orleans. El material humano, producto de la tierra: razas, música, costumbres, imaginación, carácter, desinterés, y esa laboriosidad del criollo, extraordinaria, cuando se trata de divertirse, harán de las comparsas el espectáculo carnavalesco más interesante del mundo.

Y comenzar desde ahora los preparativos. Comenzar la propaganda, anunciándolas en los países que puedan suministrar grandes contingentes de turistas. Muy gracioso cierto señor, **repentinamente incorpora-**

do a los esfuerzos que desde hace tiempo hacemos unos pocos por atraer forasteros, me decía **alborozado por el intenso movimiento de visitantes que tuvimos este invierno:**

—Vea, vea qué buen resultado están dando nuestros esfuerzos!

—¿Lo dice en serio?—le respondí. Estos norteamerica-

nos han venido por los esfuerzos que han hecho otros y nuestra satisfacción puede consistir en que nuestras actividades les brinden diversiones después de estar aquí.

Los recientes carnavales han de servirnos de propaganda. Y los sucesivos deben ser mejores que éstos desde todos los puntos de vista. Para que las comparsas se perfeccionen, se estilicen, sin perder gran parte de sus características, hay que tomar todos los cuidados que requieran las restauraciones. Precísanse

orientaciones de investigadores concienzudos que dirijan a pintores, músicos, diseñadores de trajes y farolas, escritores y poetas. Así podrán diferenciarse las manifestaciones tradicionales del Día de Reyes—si existe alguna—y las de los días de carnaval, o bien hacer el día 6 de enero, comúnmente de afluencia turística, un anticipo de las comparsas de febrero. En todas esas fechas podemos retrotraer el pasado. El Día de Reyes las familias ricas solían vestir a sus esclavos con sus mejores trajes y hasta les prestaban sus joyas por el mismo prurito de ostentación y lujo de las familias que las extendían hasta a aquellos que a la larga han perennizado sus apellidos. Otros trajes—según las estampas de la época—tenían un sello africano interesantísimo. ¿Qué ha sido la comparsa de «Los Marqueses» que obtuvo el primer premio, que la pantomina de una boda de siglo reciente, con sus trajes, su carruaje, ademanes y movimientos, reverencias y desfile de Corte? Otra muy aplaudida fué una curiosísima procesión histórica desde Colón inclusive, (con su melena gris, los siboneyes, etc.,) hasta nuestros días. Mucho más pintorescos y llenos de sense of humor son estos «revivals» que los anualmente celebrados en la Florida aludiendo a los conquistadores españoles. Todo esto es cultura y arte populares.

Existe en Cuba el sumo pontífice de esas investigaciones afro-hispano-cubanas: el doctor Fernando Ortiz, erudito en muchas disciplinas, quien **ha escrito:**

«Es inadmisibles que las tradicionales comparsas de la Habana sean contrarias a la cultura popular. Precisamente esas diversiones colectivas integran la cultura más emocionalmente entrañable del pueblo. Y son precisamente los pueblos más cultos y los elementos más cultivados, (los verdaderamente tales y no simuladores de cultura que en Cuba calificamos de «picúos», según vocablo popular) los que hoy en día más se esfuerzan por sostener esas pintorescas tradiciones locales, gratas al corazón de los pueblos. Cuanto más culto es un pueblo con más amor conserva sus tradiciones estéticas, musicales, corales, danzarias, poéticas, pictóricas, indumentarias, a la

vez que se opone enérgicamente a aquellas tradiciones caducas que envuelven privilegios o injusticias y acarrearán miseria, embrutecimiento, desórdenes, inseguridades o congostas. Las comparsas habaneras no son, en resumen, sino una manera de celebrar el carnaval, que tienen las masas populares de esta ciudad, formadas por una mezcla de razas y tradiciones de los más apartados países...» «según las costumbres heredadas y fusionadas de los diversos abolengos. Las comparsas habaneras consisten, simplemente, en una compañía de enmascarados con un plan común para representar conjuntamente un tema colectivo como un episodio folklórico, un acto de teatro ambulante, o un paso de procesión». «...los componentes de las comparsas suelen presentarse como hijos de una nación de rostros ateizados, para que la imaginada representación de las máscaras sea más verosímil. Así se titulan a veces «Los Moros de Venecia», «Los Congos de Chávez», «Los Turcos de Regla», los «Mandinga Moro Azul», etc. En ciertos casos usan títulos con nombres emblemáticos de animales o árboles. Como El Alacrán, La Culebra, El Pájaro Lindo, El Gavilán, El Jiquí, etc., que parecen tener origen en alguna ultrapasada creencia totémica. Pero estas resonancias del pasado ocurren con todo el Carnaval, y con la misma Cuaresma, instituciones ambas transidas de paganismo y embebidas de ancestralidad».

La sanción pública falló a favor de las comparsas. Los detractores se rindieron ante la admiración de las multitudes demostrada más que con los aplausos, con su persistencia en verlas cuantas veces aparecieron. Todo el mundo alargaba el cuello al escuchar lejanas sus músicas y se «echaba goleta» para desplazar a quienes habían llegado antes ganando filas delanteras para verlas mejor. Para la policía fué una labor penosa, larga y difícil: cuando las masas humanas se encimaban apretando a los comparseros y tenían que amenazar con los clubs para abrir campo, era interesante ver desde los balcones un como vaivén de enormes olas regresar los conglomerados hasta los mismos sitios en donde se inició su expulsión. Dando una muestra de indisciplina y de malacrianza cubensis, muchos no se creían obligados a obedecer las órdenes policíacas.

Y ésta merece todos los parabienes. Su actuación fué delicadísima comparándola con la de la policía norteamericana en casos semejantes: hemos visto repeler rudamente el avance de la multitud en la Quinta Avenida que con motivo del anunciado tránsito de un héroe deportivo de fama mundial se precipitó como avalancha, desbordándose de las aceras e invadiendo el asfalto de la avenida. Similar técnica usan en las estaciones del ferrocarril subterráneo a las horas de congestión de personas: los enormes porteros empujan dentro de los vagones a cuantos se hallan frente a las puertas hasta prensarlos materialmente dentro.

Los comparseros continuaban sus cantos y sus bailes desentendiéndose de los momentáneos molotes, con la serenidad y la probidad de artistas profesionales que prosiguen su labor no importa si la sala está casi vacía o se haya suscitado en ella una cuestión personal con bastonazos y gritos entre espectadores inciviles y groseros.

Esto habla muy alto de los organizadores y de los miembros de las comparsas: ratifican el credo de cuantos opinamos que son artistas intuitivos dominados por un espíritu elevado que hace posible su actuación de conjunto en el plano más desinteresado y espontáneo que darse pueda. Ni siquiera se agruparon por la posibilidad remota de obtener uno de los premios ni los elogios de la prensa que, como los del público, se referían a la agrupación respectiva, sin alusiones personales ni nombres propios. Ausencia de divos, y el reparto de los papeles hecho de acuerdo con la capacidad coreográfica, o músico-instrumental, o la resistencia física, bien se tratase de bailarones, cantantes o faroleros.

Un pueblo que muestra tales aspectos puede muy bien ser orientado hacia otras manifestaciones artísticas como coros, estudiantinas, ballets, películas que requieran gentíos enormes, reconstrucciones históricas, etc. El material está ahí, al alcance de los animadores que no tardarán en surgir.

Amargos 2/9/37
Duffy

